

# LA OBRA DE RICARDO WAGNER

Por José Subirá

## I

Han girado sucesivamente varios sistematismos en torno al creador de *Parsifal*. Hace muchos años, la rutina formó antiwagneristas; algunos lustros después, la moda improvisó wagneristas. Con tan grande ardor atacaron a Wagner los antiwagneristas, inspirados en un despreciable misoneísmo, como le ensalzaron los wagneristas, víctimas de un esnobismo rebosante de ridiculez.

Ya la paz ha sucedido a la batalla entre denigradores y turiferarios del gran músico, a la batalla cuyos últimos ecos y cuyas postreras palpitaciones han sido anegadas en las sombras del pasado. Y ya, definitivamente, dejaron de perseguir al gran artista la incomprensión negadora, seguida de su escudero la calumnia mortificante, y la incomprensión afirmadora, acompañada de su esclavo la adulación rastrera.

Cuando Wagner peleó denodadamente por él, por el arte y por su arte, todos le acometieron de un modo brutal y despiadado: la suerte y los hombres. En su juventud, París es el marco de su miseria. Muerto de hambre, reduce para dos cornetines de pistón *La Favorita* de Donizetti. Logra entrar en el teatro de Variétés. Con destino a él, música las palabras: “;Dansons, dansons le joyeux rigaudon!” y al entregar su trabajo, se le despide por demostrar en su producción que no sabe música.

Posteriormente, la crítica germana le declara una guerra sin cuartel, exaltando a su costa los nombres de Hiller y de Reissiger—éste, hoy conocido tan sólo como autor del *Ultimo pensamiento*, atribuido a Weber—, así como antes se elevó a Boccherini y Gyrowtz sobre Mozart y a Spohr sobre Beethoven.

Cuando vuelve a París, al lado de un núcleo restringido de admiradores, entre los cuales Baudelaire, Villiers de l'Isle Adam, Barbey d'Aurevilly, Théophile Gautier, Catulle Mendés, Gustave Doré y Ernest, halla innumerables enemigos que le acogen injuriosamente y dan lugar al escándalo que acompañó a las representaciones de *Tannhäuser*.

Como el apóstol Pablo, Wagner aprendió a esperar contra toda esperanza, soportando resignadamente persecuciones y miserias. Llegó, por fin, para él, un día que fué el de la victoria. Los enemigos se prosternaron y se humillaron los denigradores ante la creación artística del que supo destacar su personalidad personalísima e inconfundible sobre los cánones impuestos por preceptistas y escolásticos. Y el audaz, el revolucionario Wagner, proclamó: “Yo engrandecí fuera de toda autoridad, teniendo por único maestro al arte, a la vida y a mí mismo”.

Wagner se lamentaba de la frecuencia con que se le consideraba como compositor de óperas, pues, a partir del *Buque fantasma*, rompió con la forma operática tradicional, llena de absurdos y de antiartisticismos.

Aunque filisteos e indoctos me tachen de hereje contumaz, no siento rubor al escribir sentenciosamente: La ópera, tenida por manifestación musi-